
Abonaste mi perdón
 Y el paraíso me abriste!
 Si obré bien en tu presencia,
 Lo sabes, y á tí me acojo;
 Pero si mal, iyo me arrojó
 En brazos de tu clemencia!...

A. M. D. G.

N. B. Este Monólogo, lo mismo que las dos Composiciones precedentes, son producción de la fecunda y bien acerada pluma del Pbro. J. J. HINOJOSA, Secretario de este Arzobispado.



DISCURSO

leído por el Ilmo. y Rmo. Sr. Arzobispo, el día 11 de enero de
1911, en la solemne velada que se celebró en el Colegio
del Sagrado Corazón de Jesús, de Lampazos,
N. L., con motivo de nuestro primer
- - - Centenario. - - -



SEÑORES:

¿De qué otra materia podrá hablarse en una velada, como la presente, dedicada á festejar el primer Centenario de nuestra Independencia Nacional, sino del patriotismo? El patriotismo es quien ha movido y emocionado íntimamente los corazones mexicanos durante todo este año del Centenario, y las grandiosas solemnidades del año 1910 serían estériles si no dejaran en nuestros corazones avivado ese mismo sentimiento, de tal modo, que nos haga mirar á la Patria con nuevos encantos, trabajar por su dicha y esforzarnos por su defensa.

Pero, hablar de patriotismo en un Colegio de Niñas supone que hemos de hablar del patriotismo de la mujer: y como que el Colegio en que nos encontramos es católico, y su educación es eminentemente católica, bien determinado queda el asunto de mi alocución, el cual será: «El Patriotismo de la mujer católica».

Os aseguro que mi alocución tendrá el mérito de la brevedad. Prestadme vuestra benévola atención.

Quien dice patriotismo, dice ante todo un deber, una virtud, un sacrificio.

El deber dulcísimo que tenemos para con la Patria, reconoce, como todo deber, por origen á Dios mismo; pues sólo Dios, superior al hombre, es capaz de ligarlo en su conciencia en todo lugar, y para toda la vida.

Entre los mil deberes que ligan al hombre, hay unos que suponen hechos que dependen de nuestra voluntad: así los deberes propios de cada estado ó profesión suponen el hecho de que un hombre libremente abrazó tal profesión ó estado; pero hay otros deberes, inherentes al hombre, que no dependen para nada de su libertad, y que Dios directamente los ha impuesto. De esta clase son los deberes que impone el Patriotismo; puesto que el que tal ó cual sea nuestra Patria no depende de nosotros, sino de la divina Providencia, que así como nos señaló al Padre y Madre que habían de ser sus representantes sobre la tierra y los ministros de que se valdría para cuidarnos con amor y educarnos con desvelo; así también nos señaló á cada uno la Patria propia á la cual seríamos deudores de la vida social, y por medio de la cual Dios nos haría venir á disfrutar del caudal de bienes que forman el bienestar en todos los ramos, caudal que supone los trabajos y sudores de cuantas generaciones nos han precedido, las cuales han contribuido de mil maneras á formar nuestra historia, nuestro carácter, nuestro espíritu, nuestra lengua, nuestros usos y, principalmente, nuestra religión.

De estos conceptos se deduce claramente que si la Patria nos proporciona el goce de esa herencia, legada por nuestros antepasados, ella también nos impone el deber sagrado de mirar esa misma herencia como un don de Dios, y cuidar de aumentarla, para que á su vez los que vengan en pos de nosotros, disfruten del aumento de ese caudal en todos los órdenes, así en el material como en el espiritual; así en lo que mira al cuerpo como al alma; así en el orden económico, como en el político, moral y religioso.

Ahora bien, como á los padres naturales debemos honrar, por medio de nuestra reverencia, amor y obediencia, de una manera semejante debemos honrar á la Patria, respetando sus instituciones, reverenciando á sus mandatarios, cumpliendo sus leyes y procurándole todo bien.

Pero, repito, ese deber, ó mejor dicho, ese conjunto de deberes, viene de Dios, y por eso es sagrado y santo; es un lazo divino que nos hace ver en la Patria algo del cielo.

Entre esos deberes descuella el del amor, virtud sublime, que nos inclina á procurarle á la Patria el verdadero bien, aumentando el que ya tiene y proporcionándole la manera de adquirir el que le falte. Si todo hijo tiene ese lazo de amor para con sus padres, claro está que ningún ciudadano puede estar exento de ese deber sacratísimo para con su Patria.

Ese amor, en nombre del mismo Dios, nos impone el santo deber de defender á la Patria, defender su existencia y vida que es su Independencia, defender su honra y sus intereses, aún á costa de nuestra sangre y de nuestra vida. Llega, pues, el caso en que el Patriotismo impone un sacrificio que raya en el heroísmo; y si el heroísmo es algo que sobrepuja á las fuerzas naturales, claro está que ese sacrificio sólo puede venir de Dios.

Ahora bien, decidme: ¿dónde mejor que en el hogar podrán sembrarse y cultivarse esos sentimientos? ¡Ah, Señores! La sociedad no será nunca sino lo que sea la familia, y ésta, nunca será sino lo que sea la mujer. La mujer es el corazón de la familia, y por tanto, el corazón y la vida de la misma sociedad. Todo es que ella ocupe

el lugar que se le debe; que el hombre la sepa respetar y amar; que ella entienda sus deberes; y tened por seguro que será siempre la reina del hogar, y desde el hogar reinará en la sociedad.

Sí, Señores, el hogar, como lo dice su mismo nombre, es el sitio donde al calor de la ternura de la madre tiene que conservarse siempre vivo ese fuego sagrado que caliente, anime, vivifique y arroje á las mayores empresas al verdadero patriota.

Es, pues, menester que el corazón de la mujer sea un manantial de patriotismo, tan puro y vivo, que en ella puedan beber los verdaderos hijos de la Patria: es necesario que el corazón de la mujer sea una fragua de amor patrio, donde puedan forjarse esos héroes que admiran al mundo con sus hazañas, cuando la Patria les pide su sangre y su vida.

Mas al pedir que el corazón de la mujer sea un horno de patriotismo, no queremos, en manera alguna, nada que no sea en todo conforme con la delicadeza de su sexo, con la sensibilidad de su naturaleza y la sublimidad de la misión que Dios le dió sobre la tierra.

Sublimes en verdad y llenas de misterio fueron las palabras que Dios pronunció allá en el Paraíso terrenal, donde había colocado al hombre que acababa de salir de sus manos, y más que de sus manos de su corazón. El amor de Dios al hombre, le hizo exclamar en aquellos momentos: «Hagámosle una ayuda semejante á él»; y esa ayuda fué la mujer. Estas palabras no se referían solamente á la parte nobilísima que toca á la mujer en el matrimonio, sino á toda la obra que Dios le encomendaba respecto del hombre. En otras palabras, la mujer es necesaria, in-

dispensable, para la felicidad del hombre, no sólo en el puesto de esposa, sino también, y tal vez más, en el de madre, en el de hermana, en el de consoladora y hasta guía del hombre en todas las vicisitudes de la vida.

Pero sobre todo en la civilización cristiana, que es donde la mujer ha alcanzado, por medio de María, la rehabilitación de todo lo que había perdido en nuestra primera Madre, se nos presenta la mujer representando un papel interesantísimo: y quizá á ella esté reservado el poner el remedio á los males espantosos que cual amenaza-dora tempestad tienen en zozobra á los grandes pensadores de la época presente.

La labor de una madre cristiana que desde la más tierna edad de su pequeñuelo le enseña á decir dónde está Dios, y á pedirle el sustento y el vestido, y más tarde lo hace arrodillarse á su lado para pedir por su padre y sus hermanos, esa labor, digo, es trascendental; porque ese niño así formado, ha de ser el hombre de mañana que en todas sus empresas contará con Dios, y verá á Dios en todo, y en todo procurará honrarle y alabarle. Esa mujer arroja en el corazón tierno de su hijo las primeras semillas de patriotismo sano y verdadero, haciéndole entender que á Dios debe el don de la Patria, y que entre los encantos de la Patria ocupan un lugar muy distinguido las ternuras de su Madre y los sacrificios y desvelos de su Padre.

¿Quién ignora que la escuela es una continuación del hogar? En los modernos sistemas de absoluta y general centralización del Dios-Estado, se va perdiendo esa idea: la escuela se toma como una de tantas funciones exclusivas del Gobierno, y va resultando que ni los Municipios ni las familias conocen ya el papel que debieran desempe-

ñar en esas casas de educación, donde se labra el porvenir de sus hijos. Según los principios, no digo católicos, sino meramente racionales, el maestro es un delegado del Padre y de la Madre, quienes le confían al hijo ó la hija para que haga con ellos sus veces en todo lo que mira á su instrucción y educación. Según estos principios, volveremos en la escuela á encontrarnos con el tipo de la mujer abnegada que con su palabra y con su ejemplo continúa en la formación del corazón de la niña, esa obra del más puro patriotismo; ya que aquellas niñas están destinadas á formar una alma con el hombre en el hogar, ó, al menos, á ser su sostén y ayuda en tantas otras vicisitudes á que se encuentra sujeta la vida del hombre.

Al estudiar la niña en la escuela la verdadera historia patria, tiene forzosamente que ver en ella, como en un cuadro, todo lo que la mano providente de Dios ha llevado á cabo por medio de los héroes y gobernantes, de los sabios y letrados, de los guerreros y de los hombres de paz, sin olvidar á aquellos varones apostólicos que nos sacaron de la barbarie.

Ahí encontrará también recuerdos muy amargos de hombres perversos, sin Dios y sin corazón, que la han querido traicionar, que la han denigrado, que la han hecho enormes agravios, que han mancillado su hermosura y dilapidado sus riquezas.

Aprenderá á amar á los unos y detestar la conducta de los otros, y así irá formándose ese criterio, según el cual, apreciará la labor de todos y enseñará á sus hijos y hermanos, más tarde, cómo se ama de veras á la Patria.

Donde quiera, en fin, que encontremos á la mujer cumpliendo con su deber, según el papel que le haya to-

cado desempeñar, la veremos desparramando el bien en favor de la sociedad, y, por lo mismo, de la Patria. Mas para ello es indispensable que la mujer sea eminentemente cristiana.

Para convencernos de esto, basta recordar el puesto que toca á la Religión entre los elementos esenciales del patriotismo. Todos los elementos materiales de riqueza, de industria y de comercio, la organización magnífica del ejército, la legislación y cuanto compone una sociedad, en comparación de la Religión, no es más que el cuerpo; á la Religión toca ser forzosamente el alma de todo ese organismo, bajo pena de que más tarde ó más temprano, venga á la descomposición y á la muerte.

Si el hombre, como por desgracia muchos fingen creerlo, hubiera nacido sólo para vivir en este mundo y en él encontrar su felicidad, tal vez podría contentarse con esa suma de bienestar material que le proporciona el progreso del día; y digo tal vez, porque en realidad ese mismo hombre, sumido en la materia, tiene que buscar mil y mil cosas para su felicidad, que no le dará el progreso sino la Religión ó los restos de Religión que sin querer han permanecido en las sociedades modernas, después de haber apostatado de Dios y de su ley. La fidelidad conyugal, el amor y respeto y obediencia de los hijos, el afecto de los que sirven, la honradez en los contratos, el respeto del derecho ajeno, y mil cosas más, no pueden ser producto de ese progreso, sino de las ideas cristianas, arraigadas y hechas propias en el corazón de cada uno. Los grandes sociólogos están de acuerdo en reconocer que á mayor suma de bienes materiales, tiene que corresponder mayor suma de moralidad y de honradez, de desprendi-

miento y abnegación, de caridad y equidad, virtudes y mandamientos que sólo la Religión sabe, no sólo enseñar, sino sancionar debidamente para que surtan sus debidos efectos.

Nada más contrario á la misma razón que el sentir de algunos, los cuales llegan á decir que la Religión y sus prácticas son cosa exclusiva de la mujer. Si la Religión es el lazo que une á Dios con el hombre, claro está que siendo de Dios, cosa de Dios y propiedad de Dios, así la mujer como el hombre, ambos tienen el mismo deber de honrarle, alabarle y bendecirle como Él quiere ser honrado.

Hay, pues, un desequilibrio funesto en la familia y en la sociedad, desde el momento en que se deja la Religión á la mujer y el hombre prescinde de ella. Nunca habrá en la familia ni en la sociedad esa unión perfecta de corazones que tanto contribuye á la perfección del hogar y de la Patria, sino cuando todos estén atados con los dulcísimos lazos de la adoración al mismo Dios, del agradecimiento á su Providencia y su bondad, y del cumplimiento de los mismos deberes, según su santísima voluntad.

Es, por tanto, muy de lamentarse que se vaya sembrando y haciendo tan común ese dualismo en la familia, por el cual la mujer y las hijas religiosas y piadosas tienen que luchar continuamente con la irreligiosidad del varón, ó, por lo menos, con su indiferencia.

Tal desorden tiene que producir forzosamente, tarde ó temprano, en la mujer esas aspiraciones locas á que se ha entregado en otros países, buscando, con tanto ahínco, igualarse en todo y por todo al hombre, contra la misma naturaleza y con evidente perjuicio de la familia y de la sociedad.

Por lo demás, no sé cómo puedan reprenderla los hombres, desde el momento en que ellos, con su desenfreno y excesiva libertad, no saben apreciar el tesoro que encierra el corazón de la mujer, y perdiéndole el respeto y el amor, las atenciones y cuidados que la Religión impone, la han convertido en un objeto de puro placer y en juguete de sus caprichos y pasiones, labrando así su mayor desgracia.

La falta de religión en los capitalistas y obreros ha producido el socialismo que es el odio, y odio á muerte, entre las clases de ricos y pobres.

Esa misma falta de religión entre los hombres, contagiando á la mujer, ha producido el feminismo malsano, que no es sino el odio de la mujer al hombre, en quien no ve más que á un tirano que la explota y la desprecia.

México, gracias á Dios, todavía no siente las sacudidas formidables del socialismo y feminismo; pero si las mismas causas producen los mismos efectos, claro está que siguiendo esa paganización de la sociedad, que se ha ido esparciendo hace tantos años, hemos de llegar á los mismos resultados, ó peores, según lo presagian las negras nubes del horizonte.

Señores: ¿Queréis cristianas á vuestras esposas é hijas? dadles ejemplo y saborearéis, mil veces mejor, el encanto de sus virtudes.

Toca, pues, á la mujer cristiana, ya que en ella todavía se conserva viva la llama de la fe, prenderla en los corazones donde ya se apagó; ó avivarla donde está para apagarse. Toca á ella defender su fe, porque mientras en ella se conserve, queda alguna esperanza, y muy grande por cierto, de la salvación de la Patria.

Veinte largos días llevaba de sitiada la pequeña ciudad de Betulia por cien mil infantes y veinte mil jinetes al mando de Holofernes. Los hijos de Betulia, muriéndose de sed, suplicaban á su príncipe que se rindiera; y éste les dijo: «Aguardemos cinco días más: si en ese tiempo Dios no nos socorre, nos entregaremos». Entonces Judit, viuda tan hermosa como piadosa, se presenta al pueblo y le echa en cara su desconfianza. Se apresta á entrar, acompañada apenas de su criada, al campo enemigo; penetra hasta el pabellón mismo de Holofernes, y mientras éste dormía, ebrio en su tienda, Judit le corta la cabeza, vuelve á la ciudad, sube á lo alto del muro, y desde allí la presenta al pueblo, convidándolo á cantar las misericordias del Señor.

El pueblo, frenético de júbilo, aclama á su heroína diciéndole: «Tú eres la gloria de Jerusalén, tú la alegría de Israel, tú la honra de nuestro pueblo».

Al contemplar en esta fiesta el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, lo miro como un santuario donde los vecinos de Lampazos han sabido conservar vivo el sagrado fuego del patriotismo de la mujer. Yo os aseguro que estas niñas sabrán dar muestras de ese amor, y que, llegado el caso, sabría ser cada una, cual otra Judit, la gloria, la alegría y la honra de nuestra Patria.

HE DICHO.

FIN.

A. M. D. G.